



EDUCAR, O EL ARTE DE EDIFICAR SÓLIDAMENTE

Ángel Fernández Artime¹

1. INTRODUCCIÓN

Aunque desconozco su procedencia, porque yo lo recibí entre el 'oleaje' de correos que llega a esa playa que es la pantalla del ordenador, me pareció tan interpellante que, desde aquel momento, lo he tenido muy presente. La narración dice así:

“Durante mi segundo semestre en la escuela de enfermería, nuestro profesor nos puso un examen por sorpresa. Yo era un estudiante consciente y quedé anonadado cuando leí la última pregunta:

- ¿Cuál es el nombre de la mujer que limpia la escuela?
- Seguramente, pensé, que esto es algún tipo de broma.

Yo había visto muchas veces a esa persona. Ella era alta; de cabello oscuro, como de unos cincuenta años, pero, ¿cómo iba yo a saber su nombre? Entregué mi examen, dejando la última pregunta en blanco.

Antes de que terminara la clase, una de mis compañeras preguntó al profesor si la última pregunta contaría para la calificación del examen.

- ¡Por supuesto!, dijo él. En vuestros estudios posteriores, en el ejercicio de vuestra profesión, a lo largo de la vida, conoceréis a muchas personas. Todas son importantes. Cada una de ellas merece vuestra atención y cuidado, aunque sólo les sonrían y digan, ¡hola, buenos días!

Nunca olvidé esa lección ¡Ah! y también aprendí que su nombre era Ana. Así se llamaba la señora que cada día nos dejaba limpia la escuela”.

2. EDUCAR, ¿EDIFICAR SOBRE ARENA O SOBRE ROCA?

Son muchas las perspectivas, los matices y subrayados que los más entendidos hacen al vertebrar sus reflexiones y discursos sobre la educación. Dejo la profundidad y solidez de estos 'meandros del pensamiento pedagógico' para los especialistas. Por mi parte, reflexionando fundamentalmente desde lo vivencial en la sencilla experiencia educativa y relacional que uno va teniendo, destaco en estas páginas, sobre todo, el valor que tiene ofrecer a los educandos, -con los múltiples medios con los que hoy contamos, y también con dificultades insospechadas-, las herramientas necesarias para construirse, con solidez, su propia persona.

Hay una conocida comparación de Jesús de Nazaret en el Evangelio en la que habla de la diferencia entre construir la propia casa sobre arena o sobre roca. Tal comparación es válida para la Fe, las creencias, las convicciones éticas y morales, y también para el hecho educativo

Como apunté anteriormente, más desde la síntesis vivencial que desde la reflexión teórica, me atrevo a decir que *el hecho de educar, la tarea educativa como el arte de ayudar a las personas a construirse sólidamente*, se apoya en cuatro principios que todo educador debería llevar a cabo. A mi modo de ver son, entre otros, los que a continuación enuncio y que seguidamente, con brevedad, explico:

- a. La tarea educativa como *la pasión y el entusiasmo por EDUCAR*.
- b. La tarea educativa como *ayuda a cada educando -y también a cada compañero o compañera educador-, a dar lo mejor de sí mismo*.
- c. La tarea educativa como *el esfuerzo por educar en un Proyecto de vida*.
- d. La tarea educativa como *apasionada convicción de que también los más débiles, los menos capaces, nos necesitan, con preferencia*.

¹ Provincial de la Inspectoría Salesiana de León. Lic. en Filosofía y Ciencias de la Educación. Lic. en Ciencias Eclesiásticas.

Dicho esto, explicaré un poco lo que, a mi modo de ver, encierra cada uno de estos principios.

3. LA TAREA EDUCATIVA COMO “PASIÓN Y ENTUSIASMO POR EDUCAR”

Sin que sea necesario recurrir a la etimología de ambas palabras, son muchas las citas que podría recoger en este momento que aluden, justamente, a la importancia que la pasión y el entusiasmo tienen en la vida. Refiriéndome al entusiasmo, es Eugenio d'Ors quien dice que “no hay en el mundo peor bancarrota que la del hombre que ha perdido su entusiasmo”, o como dice también Ralph W. Emerson: “Nada grande se hizo nunca sin entusiasmo”.

Estoy convencido de que si algunas tareas humanas requieren esa dosis mayor, ese plus de motivación, de apasionamiento por lo que se hace y si vive, de entusiasmo, una de ellas, es la tarea educativa.

Quizá los educadores –y en este momento me es igual la edad que tenga el destinatario de la acción educativa–, pues indiferente es que se trate de un pequeño niño o niña de educación infantil con 3, 4 ó 5 años, o un joven que llama a las puertas de la universidad, los educadores –digo–, quizá olvidamos pronto, o no hemos interiorizado suficientemente, el hecho de que todos los conocimientos que podemos mostrar, arrojar, verter o difundir a nuestros alumnos y alumnas, pueden ser encontrados de manera más cómoda, sin necesidad de desplazarse del propio hogar, en internet, en las páginas de las bibliotecas ya informatizadas, en cursos *on-line*. Y basta simplemente un ‘click’ para ir de acá para allá. Si somos conscientes de esto tendremos que tomarnos muy en serio que cuando estamos con los educandos, alumnos y alumnas, además de conocimientos, con metodología lo más adecuada posible, transmitimos vivencias, estados de ánimo, convicciones y valores que, sin haberlos explicitado, han sido captados a través de los múltiples lenguajes en los que nos comunicamos, no pocas veces de manera inconsciente.

Por eso creo que sólo desde *la pasión y el entusiasmo* en la tarea educativa se puede educar, se puede ayudar a cada educando a escoger, en el supermercado de la vida, el supermercado de las ofertas y de los valores que tienen y ponemos a su disposición, aquellos que más les convencen y aquellos que, creyendo que les son necesarios, les ofrecemos en libertad.

Sin pasión y entusiasmo podremos ser meros trabajadores que intercambian horas de ejercicio por remuneración, pero nunca personas que transmitamos pasión por la vida ni por la apasionante tarea de ayudar a abrirse a ella, a esa vida, que es oportunidad, nunca amenaza, para cada ‘personita’ frágil con quien estamos, o joven que está construyendo la casa de su personalidad.

4. LA TAREA EDUCATIVA COMO “AYUDA A CADA EDUCANDO –Y TAMBIÉN A CADA COMPAÑERO O COMPAÑERA EDUCADOR-, A DAR LO MEJOR DE SÍ MISMO”

Fue Sócrates quien con el método *mayéutico* (a modo de función de partera), realizaba el ejercicio de enseñar como ese arte de sacar fuera de uno lo que ya está en el propio interior. Se trata, pues, de ayudar a tomar conciencia del conocimiento que ya se posee, que se tiene en sí y que, con ayuda, se va articulando y construyendo.

Esa función mayéutica, pedagógica, que permite aflorar el potencial que todo ser humano tiene, potencial único y distinto y fascinante en cada persona, es lo que me lleva a decir que un principio también fundamental de la tarea educativa es el de empeñarse en el arte de ayudar a cada educando (y también a cada compañero o compañera educadora, por ‘contagio’) a dar lo mejor de sí.

Un episodio ejemplifica y da pie a lo que acabo de decir: fascinado quedó aquel niño que teniendo por vecino a un escultor que trabajaba el mármol, vio lo que sucedía. El niño fue testigo de cómo descargaban en el taller de su amigo un gran bloque de mármol. Vio que su amigo escultor empezaba, en los siguientes días, a dar golpes sobre la gran piedra, con martillo y cincel.

Quince días sin visitar el taller del escultor a causa de una enfermedad con peligro de contagio, fue lo que motivó que al entrar de nuevo en el taller y ver la preciosa talla que tenía delante de sí preguntara a su amigo:

- ¿De dónde la has traído?
- No la traje de ningún sitio, contestó el escultor. Estaba dentro de la piedra y yo sólo le quité lo que sobraba.

El niño, con rostro que reflejaba la sorpresa, se preguntaba cómo se habría enterado de que esa figura estaba dentro del gran trozo de piedra, quién se lo habría dicho.

No es fácil, ni ocurre de manera mecánica o automática, transmitir al educando todo aquello que le ayude a convencerse de que la vida, siempre apasionante aunque no igualmente fácil para todos ni en todo momento, merece ser vivida dando lo mejor de sí, porque eso llena como hombre o mujer y es fuente y garantía de felicidad. Esta convicción forma parte de esa visión humanista del hombre que a muchos cautiva. Yo soy uno de los convencidos de que esa manera de vivir y plantearse el día a día, sin ser lo que está de moda en los 'mercados de actualidad', sí toca lo que de más genuino tenemos como hombres abiertos a la vida, a la esperanza, al Amor, como proyecto desde el que vivir. Ayudar a los educandos a hacer experiencia de esto es, ciertamente, un reto.

5. LA TAREA EDUCATIVA COMO "EL ESFUERZO POR EDUCAR EN UN PROYECTO DE VIDA"

Si una experiencia tenemos todos, o los más de nosotros, es la de que en el camino de la vida son muchas las rutas que podemos seguir, los caminos que podemos emprender.

¿Son todas igualmente válidas para cada persona?

¿Es indiferente elegir un camino u otro?

¿Tiene algún sentido que las personas decidamos por dónde queremos ir, y definamos de qué manera, con qué compañeros de viaje...?

Estoy convencido de que todo esto no sólo tiene sentido sino que educar exige, necesariamente, ayudar a cada persona a decidir; es lo que en definitiva llamamos *educar en un Proyecto de vida*.

Hay una narración más que bimilenaria que, a mi modo de ver, es de plena actualidad y aplicación pedagógica. Quien más, quién menos, todos conocemos algo de la Historia de Ulises en la Odisea². En la legendaria narración, que glosó, adaptó y recreó con finalidad pedagógica, Ulises, rey de Itaca, marido de Penélope, ha de partir para una guerra que sin imaginarlo ninguno de los dos, se prolonga durante muchos años. Ulises se despide de su amada Penélope y ésta, llena de amor y de esperanza en su regreso, permanece día tras día fiel a Ulises, tejiendo para su suegro, esperando y, cómo no, envejeciendo y viendo como las huellas del tiempo hacen mella en su belleza.

Terminada la larga guerra, Ulises quiere emprender el viaje de regreso a Itaca, deseoso de encontrarse de nuevo con su amada Penélope. No le es posible al ser retenido por la diosa Calipso. Con todo, a pesar de estar varios años retenido, sigue soñando con el re-encuentro con Penélope. Calipso pide a Ulises que se quede con ella y le promete, además de placeres y encantos inimaginables, la inmortalidad de los Dioses. *La fuerza de la diosa* parece eclipsar la lucidez de Ulises, la 'tentación está llamando a la puerta', lo que se le ofrece no puede ser más atractivo. Ulises emprende el viaje a Itaca. En la travesía ha de superar más dificultades. Ha de vencer el atractivo de los cantos de sirena. A los remeros les tapa los oídos y él se ata con cuerdas para no sucumbir, pasa de largo y sigue su viaje al encuentro con su amada, a quien le había unido un gran Amor.

² Por honradez quiero hacer referencia a Fernando G. Lucini a quien en un curso de fin de semana escuché la aplicación de la Historia de Ulises a la tarea de educar en un proyecto de vida. Suya es la intuición. Yo la recojo y la plasmo en la vertebración de este artículo.

La *pregunta del millón* es: ¿cuántos de nuestros educandos, al ‘salir a la vida’, amarán apasionadamente un Proyecto de vida que les haya cautivado? Quizá hemos de reconocer que nuestros educandos no podrán quedarse con Penélope, porque en el supuesto de que nos hayan oído hablar de la necesidad de un verdadero proyecto de vida, no lo llegan a amar, no llegan a enamorarse de él. Lo más seguro es que puedan quedarse con las ninfas de turno porque el ‘proyecto de vida no vende’.

Resulta que, frente a las ninfas de una moda arrolladora, unas pastillas que crean alucinaciones y que por unos euros encuentran a la puerta de la disco, una sexualidad o genitalidad –que no amor- de aquí te pillo..., nuestra Penélope tiene canas y arrugas, las canas y arrugas que supone el esfuerzo, el sacrificio, la generosidad, el compromiso, la renuncia, la entrega...

A lo sumo, y si no proponemos metas mayores, nuestros educandos pueden tener ‘proyectitos’ a muy corto plazo: cambiar de móvil, cambiar de coche, organizar tal viaje que será *guay*..., pero no un Proyecto de vida que haga feliz, que ayude a la felicidad pese lo que pese o suponga lo que suponga.

Por eso digo también que educar con solidez, llevar a cabo en serio una tarea educativa lleva consigo nuestro esfuerzo, como educadores, por educar en un Proyecto de vida, y por tal entendemos ese horizonte de felicidad que sea capaz de enamorar y apasionarles.

¿Coincidimos al afirmar que es un verdadero reto, verdad? Así de sencillo y de complejo, ¿Penélope o Calypso?

6. LA TAREA EDUCATIVA COMO “APASIONADA CONVICCIÓN DE QUE TAMBIÉN LOS MÁS DÉBILES, LOS MENOS CAPACES, NOS NECESITAN, CON PREFERENCIA”

Supongo que se debe a mi sensibilidad como educador salesiano el hecho de que hablando de principios fundamentales en la tarea educativa no pueda dejar de lado a los más débiles, a los menos capaces. Y ya de entrada manifiesto que también los más capaces, los mejor dotados..., tienen todo el derecho a que se les ayude a desarrollar todo su potencial. Que hayas personas con menos capacidades no puede ser motivo para optar por el término medio. En educación no caben las medias aritméticas, puesto que sólo hay personas con rostros únicos y posibilidades también únicas.

Pero considero que un educador no puede perder nunca de vista a estos otros, más débiles, menos capaces, esos que nos necesitan con preferencia. Y eso supone en nosotros, educadores, ser capaces también de ternura de corazón hacia ellos.

¿Despisto al decir esto? ¿Pido demasiada sensibilidad en el ejercicio educativo?

Me gustó mucho leer de Martín Luther King su obra “La fuerza de amar”³. En esta obra, en su capítulo primero, Luther King propone a su gente, por el hecho de ser negros, unir a la fortaleza de espíritu la ternura de corazón si se quiere avanzar positivamente hacia la meta de la libertad y la justicia. Y en este capítulo primero, después de explicar lo que entiende por fortaleza de espíritu, invita a cultivar la ternura de corazón. Se pregunta Luther King si “¿Hay algo más trágico que ver a una persona que ha alcanzado las disciplinadas alturas de la fortaleza de espíritu, pero, que al mismo tiempo, se ha hundido en las heladas profundidades de la dureza de corazón?... Pues la persona de corazón duro no ama de verdad. Es una isla solitaria. Ninguna deuda de amor le vincula al continente de la humanidad”⁴.

La tarea educativa pide de nosotros, exige de nosotros, si somos educadores que por vocación creemos en el arte de ayudar a hacerse a sí mismo, el arte de ayudar a crecer, el arte de ayudar a prepararse para la vida..., que con igual pasión y entusiasmo que ponemos en otras áreas y dimensiones de nuestra vida, miremos cada día, en todo encuentro de cada jornada, a quienes más nos pueden necesitar. Y no

³ LUTHER KING, M. (1970). *La fuerza de amar*. 8ª edición. Barcelona: Aymá S.A.

⁴ *Ibidem*, pp.13.

olvidemos un hecho siempre cierto: los que menos posibilidades tienen, los más necesitados, los más débiles, los más frágiles, son, por la misma definición de esos términos, no los más agradados, no los más brillantes, no los que más fácil nos hacen nuestro trabajo, no los más agradables, ni siquiera los que mejor aspecto tienen, pero sí aquellos por quienes, sin duda, en algún momento nos asaltará, desde lo profundo de nuestro ser, esa convicción interior que nos repita al oído: ha merecido la pena.